

Hombres, ideas y libros

Religión creadora

Durante su reciente viaje por el Viejo Mundo, el señor don Enrique Molina, Presidente de la Universidad de Concepción, contrató los servicios de algunos distinguidos escritores para las páginas de ATENEA. El siguiente trabajo, de cuya publicación en Chile esta revista se reserva la exclusividad, es el primero que su ilustre autor nos envía para ATENEA. Con él se inicia también la serie de colaboraciones, exclusivas para esta revista, que insertaremos en números sucesivos.

ENTENDAMOS por religión, en un sentido general, la creencia en propósitos superiores a la realidad de todos los días y la organización de la conducta de acuerdo con esa creencia. Recordemos que desde los días de Carranza (en México), cuando la Revolución empezó a degenerar en discordias personalistas, hice yo notar, hicieron notar algunos más, que el mal de mi país era su ateísmo; es decir, la negación de valores trascendentales; la dedicación exclusiva al interés y al éxito. Más tarde, si se revisan mis discursos de educador oficial, se verá que varias veces insistí en el mismo tema y esto lo recuerdo para que se vea que no cambia la convicción y que sólo ven contradicciones aquellos que llevan en el alma el do-

lor de la contradicción de su conducta. Contradicción de lo que predicán con lo que hacen.

La religión, afirmaba yo, aún a riesgo de decir perogrulladas, es eterna; pero es inevitable recurrir a Perogrullo cuando falta el sentido común. La religión es eterna aún cuando la nieguen todos los que matan; la negaron los católicos que apoyaron en México al general Victoriano Huerta (1913) en sus crímenes, y la niegan todos los que sin ser católicos persiguen, matan, violan la paz fraterna. Y la religión en su eternidad, y por encima de todas las autoridades de la tierra, tiene que condenar los pecados de inhumanidad, así se cometan en nombre de la humanidad o en nombre de la divinidad. Tal es la eterna religión que siempre estará por encima de los hombres prácticos, de los siervos del éxito y de todos los que niegan —en nombre de la ciencia—la religión.

Pero no sólo es eterna esta suerte de religión sobrehumana; también es la mayor fuerza creadora de la historia. A tal punto que sin religión, en este sentido amplio de tarea sobrehumana, no hay posibilidad de progreso ni de dicha ni de obra.

Se comprueba que, aunque hechos de carne y hueso con todas sus miserias, no nos basta el estímulo de nuestros propios apetitos, y necesitamos la presencia de lo trascendente y lo desconocido para realizarnos.

Lo cierto es que ningún constructor ha podido jamás prescindir de los auxilios sobrenaturales; lo cierto es que ninguna época de la historia es fecunda si no está embriagada de algún ideal superior al famoso materialismo económico de nuestros ateos oficiales contemporáneos.

Los creadores de patrias, los grandes estadistas no escapan a la regla; en ellos también encontramos la devoción a un gran ideal trascendente como principio director y estímulo principal de sus triunfos.

Hay una excepción culminante, ya la estarán anticipando mis lectores, porque está en todos los labios en esta época de devoción al éxito fácil: Napoleón es el héroe de todos los mediocres que sueñan ambiciones vulgares. Jugar a genio como

jugó Napoleón; imponer las propias ideas con amenaza de Corte Marcial, ya que no por el valor de las ideas mismas; apagar el ridículo con el castigo de «lesa majestad», para todo el que comentase acerca de la mala figura del Emperador a caballo; para todo el que encontrase su oratoria hinchada, su pensamiento falso y su poder como fruto de usurpación. Aparentemente, aquel hombre había logrado adueñarse del mundo; en realidad era juguete de hombres que no tenían como ideal, únicamente, la conquista del poder por el poder; Napoleón era instrumento de los liberales ingleses que peleaban por algo más que el poder y por algo más que la servil adulación a un genio ideal, porque peleaban por la libertad.

Y Napoleón se hundió y con él se hundieron todos sus sueños ridículos de dominación por el Cesarismo, forma primitiva, troglodita y salvaje, cáncer de los pueblos en decadencia, muy natural en naciones y en épocas que momentáneamente se sacuden la creencia en lo intangible y en lo sobrenatural.

Napoleón es lo más que puede dar a sus fieles el Dios Exito y ya vemos que el Dios Exito no sabe de otra cosa que de hacer y consumir el desastre. Y eso depende de que aparte de los fines que el hombre tenga que realizar en la tierra, fines que el estadista no debe echar en olvido, el hombre individualmente, la humanidad colectivamente, tienen misión más alta que vestir y comer, así sea con abundancia.

Es cierto que en todas las épocas se ha visto que la clase encargada de definir y representar ese ideal sobrehumano, la clase sacerdotal, ha abusado del poder que su misión le da, y no está por de más, cuando esto ocurre, que el rigor de las vindictas públicas caiga sobre los culpables, pero aún para esta suerte de vindictas se necesita el espíritu de religión, porque sin él la vindicta se convierte en venganza, y la labor que pudo ser de saneamiento se torna destructora y diabólica.

De suerte que aún para destruir el error y aún para purificar lo podrido es menester que el hombre que cura represente un ideal más alto y más completo, y una intención más pura y más firme que la de aquellos que representan el error y el mal o la

mentira. Por eso, para reformar, no basta con poseer la violencia y usarla; para reformar se necesita poseer la concepción clara de un ideal más alto y más completo que el que se va a destruir.

La revolución mundial, que estuvo a punto de consumarse antes de la guerra, fracasó porque no supo encarnar fuerzas espirituales más altas que las que pretendía reemplazar. Después, la revolución rusa, única que puede ser tomada en cuenta (ya que casos como el de la revolución mexicana, carentes de ideología, no merecen en realidad el nombre de revolución), la Revolución rusa ha fracasado porque su materialismo económico, aún suponiéndolo realizado, representa un ideal que no satisface a la humanidad. Comer y vestir sin libertad es menos tolerable que pasar apuros estando libre; vivir para el Estado es vivir para un Dios mezquino y estúpido, o para un Dios-máquina, suponiendo al Estado eficiente; es menos, mucho menos de lo que exige el corazón de una persona normal; ya no hablo de los idealistas. Por eso un ideal que se recorta a términos nada más que tangibles, sólo seduce a los topos humanos; por eso también nunca se encuentra ningún hombre-cumbre en tales movimientos, ni nadie que crea en ellos con desinterés y con fe. Sólo explotadores que los aprovechan en vida, seguros del olvido y el descrédito en que habrá de sepultarlos el tiempo. Y como no creen en nada grande, tampoco podrán crearlo; así que su Dios les traiciona, su Dios éxito, en seguida sin honor, porque ¿en qué podrían fundar el honor sin honor? Se acomodan a los tiempos, transigen, se arrastran delante de la multitud o delante de algún amo nacional o extranjero. ¿Cómo va a estar erguido el que niega la rectitud y la inflexibilidad de los principios? Se entregarán al enemigo, como Napoleón a los ingleses, como el Santa Ana de México a los texanos. Porque el enemigo les resultó el éxito, y no hay Dios más sarcástico, más inconsciente, más bellaco que el éxito.

La violencia es arma que cambia de mano y nada hay más peligroso que fiar a ella el tesoro de una obra. Se degolló la

revolución cuando pudo más la Cheka que Máximo Gorki, y eso aunque ahora anden en actos de contricción tardía, dándole a Gorki homenajes que no lo honran.

¿Para qué quiere el grande hombre los aplausos de una multitud que niega con la práctica sus doctrinas? A escarnio habrán de sonarle, por mucho que los disfrace de gloria una politiquería deshonesta.

La revolución quedó condenada cuando adoptó, con intranquilidad asesina, un credo del cual ha podido decir, está diciendo la Iglesia Rusa, más o menos las palabras que siguen: «La discordia entre la Iglesia y el Estado no depende de la forma de gobierno adoptada por la Revolución; el Estado Soviético no es incompatible con la Iglesia, como no lo es ninguna forma política. La incompatibilidad de la Iglesia Rusa y el Estado Ruso depende de que la Iglesia reconoce la existencia de un principio espiritual y el Comunismo lo niega. La Iglesia cree en un Dios vivo, Creador del Mundo, Guía de sus destinos; el Comunismo no acepta su existencia, cree que el mundo se organizó solo y que ningún principio o propósito racional gobierna su historia. La Iglesia—agrega—no se cansa de recordar al hombre sus destinos celestes y lo hace aún en épocas de prosperidad; el Comunismo no se propone otro objetivo que la dicha en este mundo».

Cuando una fe vieja puede atacar a una doctrina que pretende ser nueva en forma tan irrefutable, no hay la menor duda de que la falsa novedad está condenada, y tarde o temprano pasa, mientras la otra sobrevive. Para nosotros, esto no quiere decir que la revolución haya fracasado, ni que los sistemas viejos son los mejores. Quiere decir que la revolución ha caído en manos ineptas que no saben darle todo su aliento. Quiere decir que no hay pasado ni presente, sino verdad y mentira. Y es la verdad la que debe prevalecer. Y la verdad es que no porque se abusa de la religión, como se abusa de todos los ideales, vamos a condenar la religión y los ideales. Lo que importa es purificar ambos.

Para eso se necesita que los pueblos exijan a sus directores lealtad y capacidad, por encima de las palabras. Y lo que no esté inspirado en religión en este sentido amplio de tener siempre puesta la meta en lo eterno, será estéril, será efímero, si no es que siguiendo el curso fatal de estos casos, se convierta en diabólico.

JOSÉ VASCONCELOS.